

El Trentino italiano

The Italian Trentino

Cesare Battisti
(Trento, 1875 – 1916)

Texto traducido y publicado el 30/01/2018



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

Cesare Battisti nace en Trento en 1875. Desde muy joven, sobre todo durante su etapa de estudiante en Graz, Florencia y Turín, estrecha lazos con círculos socialistas e inicia una intensa labor como periodista fundando cabeceras, algunas de escasa duración debido a la censura, como *Rivista popolare triestina*, *L'avvenire del lavoratore* o *Il Popolo*. Diputado por la minoría italiana en el parlamento de Viena en 1911 y más tarde, en 1914, en la Dieta de Innsbruck, se sitúa como uno de los máximos representantes políticos del irredentismo italiano, postura que afianza tras el estallido de la guerra. Alistado como voluntario entre los batallones alpinos italianos, es capturado a principios de 1916 mientras dirige una incursión en los Alpes, conducido a Trento y condenado a muerte a los pocos meses. Se sumaba así, junto a Damiano Chiesa y a Fabio Filzi, a la lista de los primeros héroes nacionales caídos por la causa irredentista. El texto "El Trentino italiano" fue publicado en Milán por la editorial Ravà & C en 1915.

Si la historia y la geografía de Italia fueran un poco menos ignotas a muchos italianos, la causa de las tierras irredentas no necesitaría hoy a apóstoles y propagandistas.

Sin embargo, por desgracia hay grandes periódicos que, en el año de gracia 1915, hablan de Trento y Trieste definiéndolas tierras "de más allá de los Alpes"; aún hay quien cree que entre Trento y Trieste hay como mucho un puente como entre Buda y Pest; hay textos escolares de geografía ampliamente difundidos en los que se sentencia que solo los habitantes de las clases cultas en Trentino se han conservado por tradición italianos...

Tengan paciencia, pues, los lectores si, queriendo hablar del Trentino, de sus aspiraciones, de sus derechos, nos alejamos de la historia y de la geografía.

TRENTINO Y ALTO ADIGIO. No basta con repetir el estribillo poético de que las fronteras de Italia son los Alpes y el mar; hay que echar un vistazo también a un mapa para constatar que dentro del cordón de los Alpes hay tierras de la *Italia física* que no están incluidas en la *Italia política* de una superficie de más de veinte mil kilómetros cuadrados; tierras italianas no solo geográficamente porque mandan sus aguas al Adriático, porque están abiertas a las brisas itálicas y cubiertas de vegetación meridional, sino italianas de lengua, de historia, de tradiciones y de afectos.

Uno de los más significativos entre estos territorios es el que se ubica entre Lombardía y Véneto y está formado por la cuenca alpina del Adigio y del curso alto de otros ríos importantes: el Chiese, el Sarca y el Brenta.

Este territorio descansa sobre el gran arco alpino en el punto central, donde la depresión del Brennero –*ianua bararorum*– abre a la gente de más allá de los Alpes el más rápido y uno de los pasos más importantes a Italia.

Poderosas cadenas lo cercan por sus lados. A occidente son las cordilleras que desde Oetz se vuelven a unir, mediante el paso de Resia, a los pilares del Cevedale y del Adamello; a oriente las que desde Venediger descienden a Dobbiaco para subir al macizo de la Marmolada, para luego escindir-se tanto una como otra en ulteriores bifurcaciones y estribaciones más modestas que avanzan hacia el sur hasta la llanura del Po.

Este territorio está dividido claramente en dos secciones, una septentrional y otra meridional, por dos cordilleras secundarias que lo surcan por la mitad, desviándose una del Adamello y la otra de la Marmolada para encontrarse en el Valle de Adigio en Salorno.

De estas secciones la superior tiene la forma de un cuadrilátero, la inferior de un polígono. Aquel es el territorio del *Alto Adigio*, llamado en política Tirol meridional; este responde al actual *Trentino*.

Dentro del cuadrilátero viven hoy doscientos mil habitantes, de los cuales ciento sesenta mil son alemanes y cuarenta mil italianos; en el polígono hay una población de *trescientos setenta y siete mil habitantes, todos italianos*, quitando un porcentaje mínimo (4%, en total 13477 alemanes y 2624 de otras nacionalidades), que se forma casi exclusivamente con extranjeros artificialmente importados (empleados, soldados, etc.) y que es inferior al número de los alemanes y de los extranjeros de Milán o de cualquier ciudad comercial de Italia.

Escasos y elevados son los pasos que dividen Alto Adigio de las regiones limítrofes de Suiza, del Tirol, de Carintia; solo hay una abertura verdadera –la de Salorno– al norte de Trento, la cual desde Trentino desemboca en Alto Adigio, mientras que los lados de Trentino que se deslizan entre Lombardía y Véneto se encuentran atravesados por ocho grandes carreteras, dos líneas ferroviarias, una lacustre, por cinco carreteras secundarias y por una veintena de vías pecuarias y senderos.

HISTORIA DE TRENTO Y SU NOBLE ITALIANIDAD. La historia de estas regiones alpinas responde magníficamente a su geografía.

Los romanos acumularon en ellas sus presidios, convencidos por la necesidad de transformar toda la región alpina en guardia de la civilización contra la barbarie teutónica.

Tridentum, splendidum municipium, era el corazón, el centro de irradiación latina, no solo para el territorio trentino actual, sino para todo Alto Adigio, que fue completamente romanizado en poco tiempo.

Desafortunadas fueron las irrupciones bárbaras hasta que estuvieron bajo el poder de Roma los *Alpes tridentinae*. Pero cuando declinó el imperio romano, los elementos romanizados fueron alejados del cuadrilátero hacia el hexágono, es decir, de Alto Adigio hacia Trentino.

Pero la obra desnacionalizadora fue tan lenta e incompleta que ninguno de los gobiernos posteriores –ostrogodos, bizantinos, longobardos, francos y los propios emperadores germanos– osó jamás desprender el territorio de Bolzano del Trentino. En este el elemento itálico nunca fue mellado u oscurecido; ni nunca desapareció del todo en la zona de Alto Adigio, hasta Val Venosta y hasta Chiusa de Bresanona, donde viven todavía los susodichos cuarenta mil italianos y donde los italianos fueron, durante no poco tiempo, los elementos predominantes.

La situación de Trentino durante las invasiones bárbaras no puede haber sido muy diferente a la de las otras regiones septentrionales de Italia; claro que fue mucho peor en los siglos posteriores, cuando los emperadores del Sacro Imperio Romano, para tener libre acceso a la península, pusieron constantemente el punto de mira en confiar el territorio trentino –¡por el que llevaron a cabo setenta y dos expediciones!– a príncipes-obispos de su confianza.

A los hechos de los emperadores se añadía los de los condes del Tirol, que, asentándose en Val Venosta, haciéndose fuertes primero por el parentesco, luego por la fusión con la casa imperial, sirviéndose de numerosos castellanos, atraídos hacia

ellos ya con la fuerza ya con la astucia, entablaron una lucha terrible contra la italianidad de la región.

A pesar de esto se impuso la acción del municipio libre forjado a partir de los municipios de la Alta Italia y con el cultivo y las artes se difundió y se mantuvo el pensamiento itálico.

Trento supo mantener el nombre, la frontera y la lengua de Italia; influyó indudablemente en la civilización de la región superior atesina y fue una barrera al elemento germánico para la región itálica de abajo.

Esta obra es de los habitantes, alimentados de vívida romanidad, pero fuertemente ayudados por el doble dique de montes que protegen Trento del Norte y constituyen dos auténticas antesalas, dos vestíbulos en la entrada a Italia.

De esta forma, cuando Napoleón quiso en 1809 delimitar como última frontera del Reino de Italia la frontera lingüística, pudo, sin coerción nacional alguna, incluir en el *Departamento de Alto Adigio*, además del Trentino, el territorio de Bolzano hasta Chiusa de Bresanona, mientras pensaba transportarla en tiempos más propicios al mismo Brennero.

Trentino, permaneciendo de esta forma, durante ocho siglos, autónomo bajo el dominio de príncipes-obispos, ambicionado por todos, protegido por nadie, extorsionado continuamente por ejércitos amigos y enemigos, volvía al seno de la familia italiana. Pero fue un breve regreso. La historia más reciente es conocida. Derrotado Napoleón, Trentino tuvo contemporáneamente a sus espaldas tres dueños: el Tirol, Austria y la Confederación Germánica. Contra el triple yugo (que por desgracia permanece todavía hoy, porque la acción libremente concedida por Austria a las asociaciones pangermánicas de Alemania vale más que el vínculo, ahora suspendido, de la propia Confederación) Trentino luchó con fiereza, documentando con los sacrificios y con la sangre la propia italianidad incorruptible: que tuvo como recompensa la carta pública de Garibaldi atestiguando el reconocimiento a los trentinos caídos en las batallas del Risorgimento¹, y que ya había tenido en siglos

¹ Giuseppe Garibaldi dirigiéndose a los trentinos:

“En la lucha santa mantenida por Italia contra sus opresores desde hace tanto tiempo, ha tenido lugar indudablemente uno de los episodios más brillantes y más gloriosos en estos últimos tiempos. Hubo una honorable muestra de agradecimiento para aquellas provincias que respondieron mejor al llamamiento del valiente campeón de la independencia “Vittorio Emanuele” y que mandaron a los campos de la batalla patria la animosa juventud a sellar con sangre el pacto sublime de unión nacional, hoy merecedor de aplauso de Europa. Por otra parte, ¡nadie se acordó de Trentino! Aquella noble parte de nuestra península, que a pesar de los doscientos mil mercenarios de Austria que la pisotean y la saquean, no dejó de expresar valerosamente una voz de júbilo ante el triunfo de la causa italiana, y de reprobación y de repugnancia ante la fétida dominación austriaca. A pesar de ser modestos, como lo son generalmente los hombres de corazón, los trentinos continuaron en silencio a dividir, como dividieron en el pasado, las dificultades y las esperanzas comunes. Ellos proporcionaron en la pasada campaña un gran número de oficiales y soldados, y a nuestro martirologio, nombres que me conmueven al pronunciarlos y que sin dudas honran nuestro país a la altura de los más ilustres. El nombre del trentino Bronzetti permanecerá en la memoria de la posteridad cuanto los fastos de nuestra historia, y será el grito de guerra de los valientes Cazadores de los Alpes en las futuras pugnas contra los opresores de Italia. Fueron centenares los conciudadanos de Bronzetti que se distinguieron en la guerra sagrada, ¡y no se ha dedicado una sola palabra en señal de agradecimiento nacional! Que sirva mi modesta voz para suplir en parte este involuntario olvido, y para recordar un ramo de los más nobles y más generosos de la familia italiana, sobre el cual descansan merecidamente nuestras esperanzas de redención. Módena, 10 de septiembre de de 1859”.

anteriores otras dos documentaciones que son como los títulos nobiliarios del pueblo trentino: la *Tavola Clesiana*, el edicto, esculpido en bronce, con la que el emperador Claudio confirmaba la ciudadanía a los habitantes de los valles trentinos, y el *pacto de Waldo* con el que las poblaciones de Perginese establecían en 1966 el pacto de defensa y ofensiva común con Vicenza.

Si bien la misión histórica de la que mayormente puede vanagloriarse Trentino fue la de haber sido durante siglos el dique de la irruptora invasión teutónica, esta al mismo tiempo no fue el último factor del cultivo y civilización itálica. Creó su vulgar de perfecta factura latina y con valor orgánico propio. En las letras italianas y en las artes, denominadas en todos los siglos “inteligencias fuertes” dio a luz del escultor Alessandro Vittoria a los pintores Francesco Guardi y Giovanni Segantini, del filósofo Acconcio a Antonio Rosmini, de Andrea Maffei a Giovanni Prati, poeta del Risorgimento. No hubo movimiento literario o científico ni escuela de arte italiana en el que Trentino no haya dado algún representante. Por hablar solo de los últimos ciento cincuenta años, la enciclopedia fue representada dignamente por Carlo Antonio Pilati, las ciencias naturales a finales del siglo XVIII tuvieron audaces cultores en los Fontana, en los Scopoli, en Borsieri, la erudición histórica en Tartarotti, el clasicismo encontró un pregonero en Clementino Vannetti, el arte dramático en Gustavo Modena y el Romanticismo una hilera de poetas menores en torno a Prati, Gazzoletti y Lutti. Los ateneos de Italia tuvieron decoro en los últimos decenios gracias a Canestrini, a Malfatti, a Inama y a Sighele, mientras que el arte de los sonidos y de los colores tienen hoy dos soberbios representantes en Bartolomeo Bezzi y en Riccardo Zandonai.

Itálicamente se desarrolló siempre la vida de los municipios. Trento y Rovereto llamaban de las otras regiones a sus alcaldes, y fue alcalde de Trento Gian Domenico Romagnosi.

Itálico es el arte con el que se adornan todas las ciudades e incluso los pueblos más minúsculos.

Insignes monumentos itálicos son no solo la catedral, los muchos palacios y el castillo de Trento, pintado por los más célebres artistas del Cinquecento, las torres y los municipios de Rovereto y de Riva y los vetustos castillos y las pequeñas iglesias del Trecento y del Cinquecento de Trentino y las danzas macabras que adornan los cementerios en lo alto de las montañas, sino también las iglesias y los palacios que se encuentran en Alto Adigio, en Bolzano y los suburbios contérminos, donde las calles porticadas imitan las de las ciudades vénetas.

Todo es itálico: el cielo, las costumbres, la tradición, la lengua, los afectos. Itálica es también la delincuencia, en gran contraste con la de las regiones alemanas y provista de las características pasionales de la delincuencia italiana.

LA CUESTIÓN TRENTINA Y LA NACIÓN ITALIANA. Todas estas cosas se conocían perfectamente en Italia durante los años del Risorgimento; fueron olvidadas luego.

La italianidad de Trentino fue reconocida por el rey Vittorio Emanuele II, que acogió siempre favorablemente las diputaciones de los trentinos y cumplía las promesas con el envío del ejército real, que en 1866, mientras Garibaldi estaba a las puertas de Riva, llegaba a pocos kilómetros de Trento.

La italianidad de Trentino tuvo posteriormente nueva documentación oficial durante las negociaciones de paz por obra del conde Nigra y de Emilio Visconti Venosta y en negociaciones posteriores intentadas por el gobierno en 1868 y 1869.

En 1878 la cuestión trentina sonsacaba alguna palabra de consenso al ministro Cairoli, pero no encontraba un defensor ni convencido ni hábil en el general Curti,

representante de Italia en Berlín. En los años posteriores el gobierno de Roma no dedicó, que se sepa, ninguna palabra importante más. Llegó la época del irredentismo gubernamental. La causa de Trento y Trieste quedó únicamente en manos de los partidos populares. Tuvo la ayuda de Garibaldi, de Avezzana y de Imbrianti y resplandeció en el martirio de Oberdan. Luego vino la Triple Alianza. También la Italia popular comenzó a olvidarnos. Italia fue la humilde criada de Berlín y de Viena. Faltó toda ayuda a los irredentos. Resumiendo, faltó la memoria. ¡En mantener vivo el irredentismo únicamente pensó Austria!

Los italianos de Trieste y de Trento junto al programa mayor de sus reivindicaciones formularon un mínimo que Austria habría podido acoger. Pidieron el respeto a la lengua italiana, la equiparación efectiva a las otras naciones, unas pocas cátedras universitarias y la autonomía de Trentino. Austria, aceptando, quizás habría formado a unos ciudadanos pacíficos y satisfechos de un gobierno extranjero, como los nizardos y los tesineses.

Austria negó todo. Por el contrario, ideó nuevas torturas, nuevas persecuciones, y la soñolienta Italia tuvo que despertarse al oír los golpes del bastón alemán, hiriendo las carnes de los hermanos italianos. Pero fueron sobresaltos, estremecimientos momentáneos. Desde Roma se imponía a la prensa, a los grandes periódicos, suprimir toda noticia de más allá de la frontera. Pasaban inadvertidos al público italiano los cambios internos de la monarquía, que presagiaban transformaciones no lejanas. La anexión austriaca de Bosnia Herzegovina, sin beneficios para Italia, suscitaba la noble protesta de Alessandro Fortis, que era, sin embargo, olvidada después de veinticuatro horas. Solo en los últimos años algunos periodistas (los dedos de la mano son demasiados para contarlos), después de haber oído por enésima vez que los estudiantes italianos eran golpeados brutalmente, y los reñecillos deshuciados por Trieste y los ciudadanos de Fiume acusados de delitos cometidos por la política húngara, y los trentinos burlados ferozmente con la eterna promesa de la autonomía, pensaron en explorar las tierras irredentas, convirtiéndose para Italia en tierras ignotas, como las que los cartógrafos antiguos indicaban con la expresión *hic sunt leones*, afirmando implícitamente que eran tierras en las que había que aventurarse solo con gran cautela.

RAZONES QUE IMPONEN LA LIBERACIÓN DE TRENTO: LA SUPREMA RAZÓN NACIONAL. El anuncio de la guerra de Austria a Serbia y la terrible conflagración desencadenada en toda Europa han encontrado Italia moralmente (hay que decir, por suerte, que no es así en el caso militar) muy desprevenida, desorientada frente al problema de Trento y Trieste. Hay generaciones enteras que no solo no han respirado una atmósfera de simpatía frente a los hermanos irredentos, no solo han estado dirigidas prevalentemente hacia la observación de problemas completamente divergentes de los nacionales, sino que han sido privados de aquellas nociones elementales de historia y geografía de Italia que, por razones de cultura, excluyendo las tendencias políticas, deberían ser patrimonio de todos los italianos.

Conocido Trentino cómo fue, cómo es y cómo se mostró a los hombres del Risorgimento, es oportuno hacerse la pregunta: ¿Existen todavía o no las razones por las que en Italia el gobierno y el pueblo concorde y unánimemente sostuvieron hasta 1866 la necesidad absoluta de la anexión de Trentino al Estado italiano?

¿O han ocurrido hechos por los que hoy el problema de Trento y el problema de las provincias irredentas en general ya no merece la atención de los italianos?

Es fácil demostrar que ni para Italia ni para Trentino el problema irredentista puede considerarse superado.

Los diez lustros transcurridos han cimentado, no disminuido, las razones por las que se impone el cumplimiento de la unidad nacional. Examinémoslas, primero en relación con Italia, luego con Trentino.

La razón suprema es la de la sangre: es la razón nacional. Cuando el Piamonte se colocó a la cabeza del Risorgimento de Italia, no surgió del criterio que una provincia fuera nacionalmente preferible a otra. El mismo ideal se impuso tanto para Lombardía como para Trieste, para Trentino y para Véneto como para Sicilia. Todos los hijos de Italia tenían que ser irredentos. Eran enemigos de Italia igualmente el gobierno borbónico, el de los Habsburgo y el de los papas. Acontecimientos luctuosos y dolorosos impidieron el cumplimiento de la unidad. Del dominio de los Habsburgo se pudieron arrancar únicamente algunas provincias. Otras siguieron permaneciendo bajo el doble rostro. Aquellos acontecimientos dolorosos fueron acogidos como una calamidad de la patria, como una deshonra que se tenía que borrar por honor a las armas, por la dignidad nacional. Las mismas causas por las que la unidad quedó incompleta tienen que representar un nuevo estímulo para retomar la obra.

Italia ha experimentado en sí misma las inmensas ventajas del nuevo orden político. Ella misma es un ejemplo viviente del beneficio moral, civil y económico que cada núcleo humano obtiene cuando consigue desarrollarse de acuerdo a las propias leyes y las obligaciones íntimas propias, según las necesidades biológicas del propio genio creativo exceptuando los artificios y las coerciones ajenas.

Frente a esta realidad evidente, ¿es posible que los italianos no vean que los beneficios de una unidad completa serán para todos mayores que los conseguidos con una unidad parcial? Mayores para el desarrollo, digamos así, interno del Estado, mayores para su influencia en el extranjero. Y los italianos, que con la unión en un único estado han visto su patria encaminada a destinos cada vez más altos, ¿querrán contender por estos beneficios con los hermanos aún irredentos?

Quien hoy es indiferente a la causa de los hermanos irredentos –siempre que lo sea de buena fe– es indiferente porque espera que se pueda obtener Trento y Trieste con la diplomacia, o porque considera que Italia puede contentarse con el *statu quo* silenciando cualquier traslado de afecto fraternal; o, por último, porque espera que los problemas nacionales no necesiten soluciones para sí mismos, sino que se puedan resolver en bloque junto a los mayores problemas sociales humanitarios.

Esperar que Austria ceda amablemente a Italia Trento y Trieste, o incluso solo Trentino, es como creer que una tradición secular estatal, dinástica y religiosa puede espontáneamente de un día al otro cambiar, es más, dar la vuelta. Quien conoce Austria y sabe la altanería de las explícitas declaraciones que hicieron al respecto varias veces Francisco José y el archiduque asesinado, comprende que esta es la esperanza más descabellada de todas.

Creer que a los bellos ojos de la neutralidad italiana las naciones beligerantes quieren darle a Italia la compensación de las tierras irredentas es igualmente ingenuo. En el momento en que para conseguir o conservar la integridad nacional derraman torrentes de sangre el pueblo belga, serbio y francés, sería simplemente innoble presentarse en el congreso europeo para pedir compensaciones en calidad de agentes. No puede ni siquiera tener derecho a hablar quien ha asistido indiferente a la masacre de los más débiles.

Quien considera que Italia puede adaptarse al *statu quo*, ignora no solo que la vil paz de hoy puede significar la guerra ofensiva que Austria y Alemania nos declararían mañana (y de ello hablaremos más abajo), sino que olvida que el irredentismo, reavivado ahora en las tierras irredentas y de nuevo floreciente, si Dios

quiere, en toda la península, no puede estar destinado a desaparecer si no es con el triunfo. Sería mañana el aliado de todos los demás irredentismos de Europa que no hubieran encontrado (¡y de ello sería culpable también Italia!) la añorada solución. Pero también él solo sería un elemento disolvente, un elemento perturbador que llevaría o a graves conflictos internos o a hurtos externos en momentos probablemente intempestivos con gran agravio para Italia y con la deprecación de la Europa civil que miraría con horror la aparición de nuevo de la guerra.

Quien, por último, considera –y esta es la tesis de muchos socialistas– ya superado el período de las reivindicaciones nacionales y señala el internacionalismo como la panacea de todos los males, merece compasión como quien niega la luz porque es ciego.

No solo el internacionalismo ha mostrado en este trágico momento su inmadurez al no haber sabido impedir la guerra europea, sino que ya había revelado previamente su impotencia porque en el Estado internacional por excelencia, Austria, no se había conseguido formular, aun disponiendo de poderosas organizaciones y de un quinto de los mandatos parlamentarios, un programa nacional aceptable y realizable para la tutela de los derechos de cada una de las nacionalidades.

Por lo demás, quien ha leído *cum grano salis* los textos sagrados del socialismo, tiene derecho a repetir, hasta que estos textos no sean renegados y destruidos, que cada posición al constituirse unas unidades nacionales equivale a oposición y lucha al propio socialismo, ya que las unidades nacionales son el presupuesto lógico y necesario del desarrollo de la civilización burguesa-capitalista y por ello del propio socialismo. Como la familia, la tribu y el municipio fueron la preparación natural a la organización de la región y, por lo tanto, de la nación, así las naciones representan una afirmación de solidaridad ya enorme y el paso necesario hacia la unificación de la humanidad.

Nos es lícito, por lo tanto, concluir diciendo que las razones nacionales, que militaban para la unidad de la nación hace cincuenta años, todavía resisten; y con más razón se imponen ahora que la efectuación del programa nacional italiano coincide con el interés de la civilización amenazada por la hegemonía militar teutónica y con la defensa de las patrias –Polonia, Serbia, Rumanía– que tienden ahora a constituirse y completarse.

RAZONES MILITARES Y RAZONES ECONÓMICAS. Junto a las razones nacionales supremas subsisten hoy intactas, como en 1866, las de orden nacional y económico.

Menabrea, plenipotenciario del rey de Italia en Viena durante las negociaciones de paz desarrolladas en octubre de 1866, escribía así al ministro de asuntos exteriores en Florencia: “Echando un vistazo a un mapa de las provincias vénetas uno puede convencerse de que las fronteras actuales no sabrían responder completamente a las exigencias de una buena frontera. Sobre una gran parte de su desarrollo, la frontera no sigue las líneas naturales como las cimas de los montes y los cursos del agua. Las cabezas de numerosos valles pequeños que se abren hacia Italia y que tienen con Italia sus relaciones naturales y necesarias se encuentran, por el contrario, unidas a países del otro lado de los Alpes con los cuales, las más de las veces, estas no tienen comunicación. Yo tengo que citar en particular toda la frontera que circunda esta parte de Italia que ha permanecido austriaca y que en Austria se designa impropriamente bajo el nombre de Tirol italiano, pero que realmente está formada en su mayor parte por el antiguo principado de Trento y comprende, además, la localidad de Rovereto y Valsugana”.

Análogo parecer había expresado en 1860 el general Govone, encargado por el conde de Cavour de escribir dos memoriales destinados al gobierno inglés para demostrar la necesidad de posesión de Véneto para Italia. Govone ponía en evidencia cómo Trentino y Tirol del Sur (Alto Adigio) en manos de Austria constituían siempre un gran peligro para el joven reino y destruían entre Italia y Austria todo equilibrio de fuerzas en caso de guerra, aun cuando Véneto fuera liberado.

No consta que algún escritor italiano de cuestiones militares haya expresado después un parecer diferente. Austria, dominando desde la plaza fuerte de Trento y desde las posiciones avanzadas sobre la frontera todos los valles que desembocan en los llanos de Lombardía y de Véneto, tiene completamente a su merced Italia, aunque empleen millones en las fortificaciones fronterizas. El elemento alemán –traduciendo actualmente el antiguo concepto germánico e imperial– tiene aún en su poder las llaves para una avanzada hacia el sur.

El peligro se eliminará solo cuando la frontera política llegue a incluir indistintamente a todos los habitantes italianos que están sobre el lado meridional de los Alpes, y aún más segura será la frontera cuanto más se empuje hacia el norte. Doble será la ventaja: la línea fronteriza gozará ante todo del baluarte natural formado por altas cadenas alpinas con pocos pasos; secundariamente será más breve que el actual en dos tercios casi. Hoy Austria tiene hacia Italia, en la región trentina, una frontera de 316 kilómetros. Cualquier línea que pueda elegirse en el norte de Trento no superará los 150 kilómetros. Evidentes aparecen pues la mayor facilidad y el menor gasto en defensa. Quien tenga presente el descaro con el que se vieron violados al principio y al final de la guerra los pactos internacionales a manos de los imperios centrales y las tendencias agresivas del imperialismo alemán no podrá ignorar la necesidad de una frontera bien guarnecida y segura.

Impelentes e importantes son también las razones económicas. Italia necesita todo su mar, como necesita poseer toda la cadena oriental y todo el lado meridional de los Alpes.

En la economía de la península los Alpes representan un elemento indispensable de integración. Constituyen estos con sus glaciales y ventisqueros, con los lagos alpinos y prealpinos, el depósito distribuidor de las aguas; con sus prados y con el manto boscoso proporcionan riqueza y contribuyen a moderar los climas; en sus vísceras encierran tesoros de metal y de mármoles; en sus recovecos ofrecen asilos de paz y de frescura.

Como en las zonas prealpinas un cultivo racional e integral de fondos exige que el mismo propietario tenga pastos en los Alpes y prados en los valles; y en todas partes quien tiene un poder está interesado en estar en posesión del bosque contiguo o del manantial que mana en un campo cercano; así, en la mayor economía de toda la península, es necesario que bajo un solo gobierno estén todos los Alpes y toda la llanura que estos rodean, mientras que hoy a Italia le faltan partes del Alpe lombardo, atesino, véneto y falta gran parte de los llanos friulanos y toda la marina de Trieste. No hablaba sin fundamento (y su razonamiento es aplicable a muchos otros campos) aquel hidrólogo que, a propósito de las inundaciones, afirmaba que era posible la disposición de los cursos de agua alpinos solo a condición de que un único alcalde de las aguas tuviera que dirigir en el gobierno de cada uno de las cuencas fluviales del Adigio, del Piave, del Brenta, etc.

La historia recuerda, además, que hasta alrededor de 1860 Trentino fue una provincia muy próspera para el desarrollo industrial y para muchos otros recursos naturales. Lo era por los beneficios que extraía de la unión con Véneto y con Lombardía. En 1860 y 1866 la frontera política fue desplazada. Trentino no tuvo más

como escape, como mercado para su producción, la llanura padana y vio debilitarse una a una, extinguirse, todas sus industrias: las sederías, la siderurgia, las fábricas de vidrio, etc. Hasta el pastoreo, que crecía próspero explotando en la temporada suave los prados de Trentino y enviando las bestias a pasar el invierno en Lombardía, fue reducida a escasas proporciones por los decretos del gobierno austriaco que no toleró más este intercambio entre los Alpes y el llano, e impidió a las manadas, con pretextos sanitarios primero y con leyes militares después, el paso de la frontera. ¡Cuántos y cuántos pastores tuvieron que resignarse a ceder con inmensas pérdidas sus rebaños! ¡Cuántos trabajadores que tenían abundante empleo en Trentino no tuvieron que acostumbrarse a recorrer las vías del Océano!

Los daños fueron considerables, en uno y en otro lado de la frontera política. Trentino, privado por la política austriaca de cualquier relación con el resto de Italia (cuando no es suficiente la política aduanera está la política... de policía, que prohíbe la entrada en el país a los excursionistas que no sean alemanes, como también impide la exportación de energía eléctrica en el Reino) fue condenado a la miseria, a la anemia. Miseria y anemia destinadas a desaparecer con recíproco progreso y desarrollo cuando Italia haya conseguido su frontera natural.

Resumiendo: persisten en Italia –no se moleste por nuestra insistente repetición– aún hoy todas las razones de carácter ideal, político, militar y económico por los que la anexión de todas las tierras irredentas había sido acogida con el consenso del pueblo en el programa del rey Vittorio Emanuele II.

TRENTINO HOY. SUS LUCHAS ITALIANAS. ¿Y en Trentino?

No puede decirse hoy: “Trentino nacionalmente es lo que era en los años del Risorgimento”. No, hoy Trentino es infinitamente mejor.

El reino naciente no podía negarle entonces la mano redentora, aunque solo fuera porque les había dado a las primeras conjuras itálicas a Modena, al apostolado nacional Prati, a la defensa de la Roma republicana una legión entera, a las cárceles de Mantua y Kufstein la flor y nata de los patriotas, a los Cazadores de los Alpes Bronzetti, a los Miles de Marsala los mosqueteros y a los ejércitos liberadores de Marcas y de Umbria y a las legiones garibaldinas del 66 centenares de soldados.

Y después de 1866 también había seguido dando a la patria tributo de sangre. En Villa Glori, en Monterotondo, en Mentana y en Porta Pía se combatió con valientes hijos de Trento.

Llegó 1878, el año fatal del congreso de Berlín, que quitaba a Trentino cualquier esperanza y daba gallardía para ensañarse con este con mayor vehemencia. Trento y Trentino comenzaron entonces una lucha tenaz y paciente para defenderse de miles y miles de abusos, para impedir que les robaran la dulce lengua de Dante, que se destruyera en el corazón del pueblo la innata fiereza montañesa, el amor a la independencia, a la libertad, a la madre Italia. De esta lucha que mantuvo solo (¡en vano esperó ayuda de los hermanos del reino!), ¡salió vencedor, restablecido, gallardo de nuevo, más italiano que nunca!

Había en 1866 en Trentino, como había en Lombardía y en Véneto, entre las masas campesinas muchos elementos ajenos al sentimiento nacional, por naturaleza conservadores, propensos a una obediencia ciega al poder gubernamental, hostigados sobre todo por emisarios austriacos, por curas y por espías. Pero se acrecentó el cultivo (Trentino –y esto es solo mérito suyo, no del gobierno– tiene hoy solo el 3,3% de analfabetos en la población superior a los diez años); la emigración, especialmente la transoceánica, despertó las plebes agrícolas; los progresos económicos y las conquistas militares de Italia, descrita por los policías austriacos

como una tierra curva de pordioseros bajo la deshonra de Lissa, reavivaron en muchos las antiguas esperanzas e infundieron nuevas en los dudosos y en los escépticos, de manera que poco a poco la grama del austrianismo y del antiitalianismo fue extirpándose.

Ahora no hay en el Trentino ningún partido que no sea nacional.

Nacionales son los liberales que fueron los fundadores más activos de las instituciones de cultura y de defensa nacional, como la *Leggione Nazionale* y unos círculos deportivos de orientación patriótica.

Nacionales los socialistas que no solo se asociaron en la lucha por la autonomía de Trentino y por la universidad italiana, sino que en estos momentos asumieron muy a menudo parte directiva, buscando hacerse populares e impedir que la inquietud permaneciera en el restringido círculo representado por los liberales. Es oportuno aquí recordar que fue un diputado socialista de Trento, Augusto Avancini, que a una gran comitiva de alemanes, que bajó a Trentino con objetivo demostrativo para organizar la acción pangermanista, le ordenaba regresar, preludiando la apabullante caza a aquellos intrusos.

Nacionales son los diez mil campesinos que desde hace poco han constituido el partido *leghista*, un partido rural radical, para rebelarse a la influencia del clericalismo.

Nacionales son también en buena parte las masas campesinas dirigidas por los clericales. Por encima de estas, es verdad, unidos a hombres de fe italiana, como el diputado Conci, hay otros múltiples ataques al pesebre austriaco; pero estos señores, para no perder terreno, tienen que hacer desde hace una decena de años día tras día algunas concesiones. Su periódico ha tenido que abandonar el nombre de *Voce Cattolica* para asumir el nombre nacional de *Trentino*; sus asociaciones han dejado la costumbre de enviar presentes al emperador y se califican como nacionales; en la labor de defensa lingüística, contra la introducción de escuelas primarias alemanas, el propio clero ha tomado posición de batalla. Por último, en no pocos conflictos se ha constatado la desaprobación de la masa del partido de aquellos jefes que cedieron al gobierno. Es indicativo respecto a la dirección de la masa clerical que recientemente, en la Dieta de Innsbruck, toda la diputación clerical trentina, a pesar de las innumerables presiones del lugarteniente, votara la desconfianza al gobierno y negaba la aprobación de las leyes militares provinciales, leyes de ninguna o poca entidad financiera, pero de enorme valor moral. Es notorio que algunos altos cargos clericales no querían separarse del gobierno; fue la parte más numerosa de los diputados, compuesta por campesinos, la que impuso la directiva a los otros.

Pero sobre toda la población el máximo propagandista nacional fue siempre el gobierno austriaco con sus métodos policiales, con la ayuda ofrecida a las sociedades extranjeras antiitalianas, con sus sectarismos en detrimento de los italianos y con la dictadura militar. Si, a pesar de esto, alguno no había abierto aún los ojos, vino a destruir toda ceguera el exterminio, bárbaramente deseado, de la juventud trentina en los campos de guerra, en Galitzia y en Serbia.

Se han impuesto, por otra parte, en varias ocasiones confrontaciones muy elocuentes entre la miseria creciente en Trentino y el desarrollo de las regiones colindantes, entre la dura ley militar austriaca y la mucho más humanitaria y racional italiana, entre el régimen de la policía y el régimen de la libertad, entre el descuido que tiene Austria hacia los emigrantes y la oportuna ley italiana sobre emigración.

Hoy la prueba más elocuente del estado de ánimo de la población trentina viene dada por el gran número de los arrestados por ofensas a Austria y por sospecha de traición. Entre ellos predominan los campesinos; como son enormemente

numerosos los campesinos y los obreros entre los prófugos refugiados en el Reino, no solo para salvarse de la barbarie austriaca, sino para cumplir mañana con el propio deber de soldados de Italia.

Todo Trentino arde hoy impaciente a la espera de su liberación.

Siente ser digno de la misma; siente que este es el momento; siente que difícilmente podría resistir más contra la acción degenerante del gobierno y a sus hermanos italianos lanza el grito: “¡Ahora o nunca!”

PARA NOSOTROS Y PARA ITALIA: ¡GUERRA! Y mientras implora para sí misma ayuda, siente el deber de recordar a los italianos que no desde ayer, en las escuelas, en la prensa, en los cuarteles, en el Parlamento de Austria vive meditando y preparando la guerra contra Italia. Solo el inesperado asesinato del archiduque hereditario, que odiaba implacablemente a los italianos, consiguió darles a las tendencias guerreras y antiitalianas de Austria no, como alguno se ilusionó, una directiva diferente, sino una diferente actuación cronológica. “Hoy se defiende al monarca y a la patria en los campos de Rusia y de Serbia; mañana la venganza será contra la vil Italia”. Estas palabras con las que los oficiales saludan las tropas que salen no son más que la inversión de cuanto proclamaban ayer.

El “paseo militar en Milán” fue y sigue siendo la frase preferida de la oficialidad austriaca, bajo la cual está en acecho todo el teutonismo. Cuando la catástrofe de Messina trajo consternación y luto a la península, el jefe de Estado Mayor austriaco general Corrado von Hötzendorf, proponía y propugnaba la marcha de sus soldados contra el aliado. El intento tuvo lugar de nuevo en tiempos de la guerra de Trípoli. En el Parlamento un exministro, Kramarz, viene repitiendo desde hace años con catoniana constancia: “Debilitemos Italia”, mientras un payaso pangermanista, el honorable Malik grita con voz de agravio: “Trípoli-Trápoli” cada vez que siente una mención a Italia. En los cuarteles la designación de *feindliche Truppen* (“tropas enemigas”) está destinada al ejército italiano. Con odio a este se enseñan a los soldados las cancioncillas más insolentes. No se trata de chulerías de soldados ni de politiqueros individuales; no, esto que únicamente hemos mencionado en unas pocas de las infinitas expresiones cotidianas, son muy firmes y fundamentales propósitos de, además de las esferas militares, todas las demás que están más próximas al trono y al gobierno de Austria. Y estos propósitos corresponden enormemente al sueño común teutónico del *Drang nach Süden*, de la irrupción alemana por los indefensos Alpes italianos a la conquista de la llanura del Po. Quien conoce los Alpes tridentinos o los de Cadore o de otras regiones de Véneto y de Lombardía sabe bien cuán frecuente y cuán dentro también en las fronteras actuales del Reino los pioneros del pangermanismo afirman su presencia y sus ideales de prepotencia invasora con el lema con el que embadurnan todos los lugares donde llegan, *Mit Herz und Hand für Alpenland*: ¡Con el corazón y con el brazo por nuestros Alpes! Y este *Alpenland* se extiende hacia la llanura padana.

Las sociedades que hoy prodigan en Trentino el oro desnacionalizador, las que organizan el oasis del *Gardasee* tienen su centro de irradiación en Berlín. En Trento Alemania ya ha mandado sus oficiales del Estado Mayor. El afán con el que desea Trieste, baluarte de la gran línea de dominio alemán Hamburgo-Adriático es conocido. “El eterno bárbaro” nunca hartado de rapiña, seguirá inmutable hasta que no corten las garras y los rostros a las águilas de Austria y Alemania.

Lo quiere la patria, lo quiere la civilización.

Si Italia tiene viejos que recuerdan la tradición garibaldina, si tiene jóvenes que entre los deberes de la humanidad incluyen la ayuda a los hermanos y a la gente

oprimida, si tiene ciudadanos que sienten la amenaza perenne dirigida desde el norte hacia las tierras y hacia nuestro mar, hasta que sean libres para siempre los Alpes de Italia de las águilas austroalemanas, el verso de Carducci debe convertirse hoy en himno de la nación:

Por la sangre de los héroes, por los despedazados pechos
de los ancianos, por el dolor que se desprende
de las llagas de madres y niños,
¡guerra a los alemanes, inmensa eterna guerra
de forma que nadie vuelva a ver los patrios techos
y tumba para todos sea la tierra itálica!

Traducido por Juan Francisco Reyes Montero